

hallar la filiación entre los primeros signos y nuestros alfabetos. Los indios de la América del Norte, los Quichúas con sus nudos de cuerdas, los Dáhomeyanos de la Guinea con sus sécadas o signos inscritos sobre fragmentos de calabaza, sostenían correspondencias muy vivas y detalladas a través de todo el país.

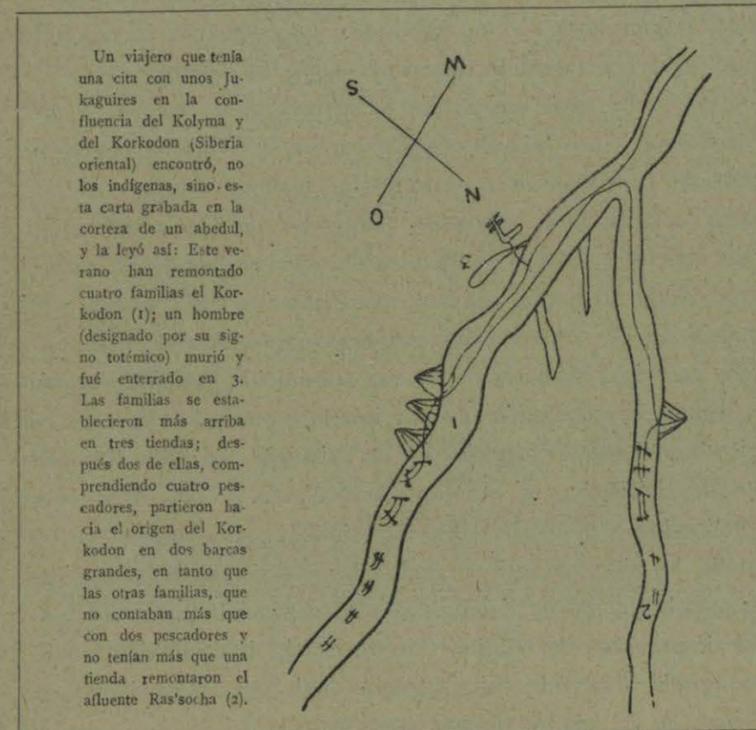
En todos los pueblos se calificó la lengua de «maternal» en todo tiempo y con buen derecho: las madres fueron siempre las pacientes educadoras de la infancia. El padre se calla, pero la madre repite las palabras, hace la cotorra para animar al hijo a que lo haga también. La mujer suministra el primer vocabulario, el primer cuaderno de canciones, la primera recopilación de cuentos; ella es quien conserva y permite así el desarrollo de todas las adquisiciones de la humanidad. Además, «todo lo que hay de verdaderamente indispensable para el régimen de la vida nos ha sido enseñado por las mujeres: la sonrisa, la bella expresión, la urbanidad y el arte de agradecer¹».

Las influencias directas del suelo y del clima que el hombre sufre en primer lugar y que aprende a combatir creando y desarrollando industrias, acomodando de diverso modo su género de existencia a medios diferentes y ayudándose mutuamente de hombre a hombre, de poblado a poblado y de nación a nación, se complican con reacciones que se producen en su inteligencia, sugiriéndole explicaciones ingenuas de todos los hechos del mundo exterior. El niño, hombre o pueblo no puede admitir la menor vacilación respecto a la causalidad de todo lo que impresiona sus sentidos: exige una respuesta a todos los problemas que se le ponen delante; pero, no teniendo aún ciencia positiva, para comprender el universo ha de contentarse con alucinaciones de su vista, con sueños inciertos de su pensamiento, con interpretaciones que le dan su miedo o su deseo: no sabe, pero cree, y se sentiría irritado si se expusiera la menor duda sobre el objeto de su fe, de que participan con la misma seguridad los amigos y los compañeros de clan, todos los que se encuentran bajo la acción de un medio idéntico. Este conjunto de creencias ilusorias y de esperanzas quiméricas, esas leyendas incoherentes sobre el mundo visible e invisible, esas narraciones primitivas que la tradición re-

¹ Remy de Gourmont, *Le Chemin de Velours*; Patrick Geddes.

coge y que el poder de la herencia transforma en dogmas absolutos, son lo que se llama la «religión».

Por odio a determinado culto dominante, cuyos poderosos intérpretes querían imponer sus prácticas aun a los no creyentes, ciertos escritores han creído que podrían afirmar que algunas poblaciones, viviendo sin religión, carecían por completo de la idea de un más allá; que, sencillamente ocupadas de los intereses inmediatos de su vida diaria, se limitaban a buscar su bienestar material sin preguntarse la causa de los fenómenos que les ro-



Un viajero que tenía una cita con unos Jukaguires en la confluencia del Kolyma y del Korkodon (Siberia oriental) encontró, no los indígenas, sino esta carta grabada en la corteza de un abedul, y la leyó así: Este verano han remontado cuatro familias el Korkodon (1); un hombre (designado por su signo totémico) murió y fué enterrado en 3. Las familias se establecieron más arriba en tres tiendas; después dos de ellas, comprendiendo cuatro pescadores, partieron hacia el origen del Korkodon en dos barcas grandes, en tanto que las otras familias, que no contaban más que con dos pescadores y no tenían más que una tienda remontaron el afluente Ras'socha (2).

PICTOGRAFÍA DE LOS JUKAGUIRES

deaban, sin cuidarse de su origen en el mundo desconocido. Aseguran que existen pueblos esencialmente irreligiosos: tales son los Ta-Ola u «Hombres de los Bosques» que los dos Sarrazin han descubierto en las profundidades silvestres de Celebes.

Para dar cuerpo a esta afirmación, se cita el ejemplo de excavaciones practicadas en terrenos donde existieron poblaciones prehistóricas, donde no se ha hallado ningún objeto que pareciese haber servido para las ceremonias de un culto: en medio de tantos

instrumentos, muchos de los cuales tuvieron un uso todavía inexplicado, no se ve ninguno que parezca haber sido empleado por los sacerdotes para evocar los dioses benéficos o para conjurar los genios malos. Aunque el hecho fuera incontestable y las herencias legadas por nuestros antepasados no hubiesen contenido—cosa poco probable—ni fetiches, ni amuletos, ni varillas mágicas, no se estaría autorizado para deducir de ello que el hombre primitivo, simple máquina de funciones corporales, no hubiese sido solicitado por la curiosidad de lo desconocido. Ignorar la causa de un hecho y, no obstante, suponerla por imaginación pura es un contrasentido natural de todos los hombres.

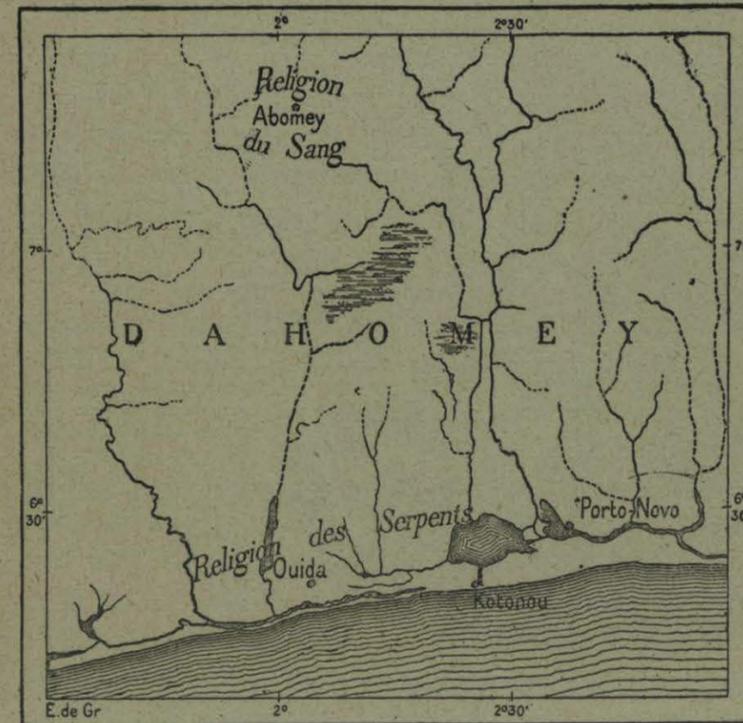
Pero ¿sobre qué testimonios se apoyan para exponer la opinión de que, entre las tribus que viven aún o vivían recientemente fuera de la influencia directa de los blancos, muchas son extrañas a toda idea religiosa? Sobre los de los misioneros u otros viajeros cristianos que habían de tener una tendencia natural a considerar su propia religión como la única real: cuando a la enunciación de sus creencias, católicas o protestantes, eran acogidos con risas de burla o con una admiración estúpida, sacaban en seguida en conclusión que sus interlocutores no eran seres religiosos. Así fueron juzgados en un principio casi todos los pueblos de civilización no europea. Australianos, Cafres, Hotentotes y Polinesios, a pesar de tener una mitología tan completa y cuyo estudio ha sido tan útil en todas las cuestiones de mentalidad comparada, fueron en tiempos pasados clasificados entre los pueblos desprovistos de religión. Por lo demás, hay salvajes a quienes agrada desatender las preguntas indiscretas. Un viajero encuentra en la isla de Ceylán unos jóvenes Veddah de aspecto digno, sólidos, melencidos y barbudos, y les pregunta: «¿Hay un Dios?—No lo sabemos.—¿Viven el sol y la luna?—¡Quién lo sabe!—¿Qué es del alma después de la muerte?—Lo ignoramos.—¿Tenéis miedo de los demonios en el bosque?—No». Semejantes hechos no prueban más que una cosa: la incompatibilidad de humor entre los Veddah y sus interlocutores blancos¹.

Otro origen de confusión proviene de la calificación de «ateas» que filósofos y teólogos han dado a las sectas, aun siendo pro-

¹ Rüttimeyer, *Globes*, n.º 13, 2 abril 1903.

fundamente religiosas, que no ponen a la cabeza del panteón, en la cima del Olimpo o del Meru un dueño supremo, un dios único, a la vez creador, conservador y destructor. Así, por una extraña contradicción, los budistas, cuya doctrina o más bien las diversas doctrinas atestiguan un estudio concienzudo y profundo de

N.º 40. Religiones del Dahomey
(Véase pág. 272)



1 : 1 500 000
0 50 100kil.

la naturaleza presente y del otro mundo, han sido declarados antirreligiosos, porque el exceso mismo de sus sentimientos suscitaba en ellos el deseo de perderse en el infinito de las cosas.

Es cierto que hay tribus o poblaciones que, viviendo en un medio favorable de paz y de bienestar, se han cuidado relativamente poco de los misterios de la vida y de la muerte, y, celosas de su libertad, no han dejado que sobre ellas se constituyera una casta de sacerdotes, pero no por eso dejaban de estar compuestas de «animales religiosos»¹, como todos sus otros congé-

¹ A. de Quatrefages. *L'Espèce humaine*, págs. 349 y siguientes.

neres humanos. Por esta definición de animal religioso dada al hombre, Quatrefages tenía la intención de constituir un «reino humano» aparte, suspendido, por decirlo así, entre el cielo y la tierra; pero por eso mismo los «hermanos menores» del hombre se hallaron colocados en la misma categoría del hermano mayor. Muchos filósofos modernos, entre otros Comte, están dispuestos a admitirle, al menos en cierta estrecha medida, y Tito Vignoli reconoce el origen del mito en el animal lo mismo que en el hombre¹.

Las obras antiguas están llenas de historietas o de relatos graves, mostrándonos la firme creencia de nuestros antepasados en la semejanza originaria de las concepciones entre todos los seres organizados. Los animales pasaban por iguales desde todos los puntos de vista, y podían ser hasta nuestros superiores, ya que muchos de ellos fueron escogidos como objeto del culto. ¿No se adora en mil pueblos del mundo, y especialmente en el país africano de Uidá (Whydah), la serpiente que nace de la Tierra y que, arrollándose en círculo y mordiéndose la cola es el ser que no tiene fin, el símbolo de la Eternidad? En la leyenda hebrea, la serpiente representa la misma inteligencia, la ciencia del Bien y del Mal. En las religiones hindas, tan ricas en transformaciones de toda especie, de la planta al animal y del animal al dios, ¿no es Ganesa, es decir, el Elefante, el que llegó a ser el tipo de la sabiduría, y, en la isla de Bali, no han hecho de él, con Durga y Siva, la tercera persona de la Trinidad? ¿No son el mono Hanuman y sobre todo la vaca sagrada de los Brahmanes las divinidades grandísimas hacia las cuales se dirigen las miradas de doscientos millones de hombres? Apis y Anubis reinaron durante muchos siglos sobre los ribereños del Nilo, y el dios de los Judíos ¿no dió la fuerza soberana entre los que inmediatamente le rodeaban a unos toros alados o «querubines», y a unos «serafines» o grandes saltamontes? También rindieron un culto religioso las tribus primitivas a los animales del bosque, de la sabana y del mar, al ciervo, al carabao, al corzo, al antílope, al castor, al oso, al bisonte, al casuario, a la foca y a la ballena, todos animales que grupos de familias reivindicaban orgullosamente como antepasados. Por una especie de atavismo, unos

¹ Tito Vignoli, *Myth and Science*.

negros de Haití—y se les achacaba a gran crimen—adoraban al dios de sus antepasados del Dahomey, la serpiente Vodú.

Hasta los cristianos, en cuyo nombre niegan ciertos filósofos la religiosidad a esos animales, a pesar de que su nombre significa «poseedores del soplo» o «que tienen un alma», han solido faltar a la lógica en su historia religiosa, puesto que algunas asambleas de la Iglesia, afirmando la responsabilidad de tal cual animal, le condenaron a la hoguera, a la horca o al hacha. ¿Y no va acompañado cada evangelista de su animal emblemático? En realidad cada pueblo se inclina fácilmente a dotar a los seres vivientes de sus propias creencias. Los concilios cristianos conjuraban a los animales en nombre de la «Santísima Tri-



GANESA, EL ELEFANTE, TIPO DE LA SABIDURÍA
(Museo Guimet).

nidad», y la mitología de la Edad Media, haciendo de los animales los intérpretes de la Virgen o de Satanás, santos o demonios, les atribuía siempre el más seguro conocimiento de la «santa religión».

Del mismo modo, los Peruanos, hijos de los Quichúas y de los Aymaraes, que fueron ellos mismos adoradores del Sol, han conservado mucho de su antiguo culto para imaginarse que las llamas, sus animales de carga, no dejan nunca a la salida del astro, de volverse hacia él y de saludarle con ligeros balidos. Demasiado tímidos para atreverse, a pesar de sus sacerdotes venidos de ultramar, a prosternarse ante el orbe sublime que de repente abrillanta los montes, los Andinos admiten a su benigno

no compañero de viaje por suplente en esta obra religiosa¹.

Los caravaneros musulmanes de Persia y de Arabia, habiendo observado que los animales del convoy, camellos, caballos y mulas se paran en cuanto oyen la voz del muezín, que, a la cabeza de la caravana invita a los fieles a la oración, deducen que hasta los animales conocen su deber hacia Allah².

Pero sin recurrir a las fábulas, basta estudiar los animales que viven con nosotros para ver funcionar en ellos el sentimiento religioso casi tan claramente como entre los hombres, y si carecen de la palabra para expresar sus sensaciones, tienen los movimientos del cuerpo, los ademanes, las miradas, las diferentes entonaciones de la voz y ese estremecimiento misterioso que manifiestan los sentimientos y los pensamientos. Es cierto que entre los «candidatos a la humanidad», el perro, el gato y demás animales domésticos participan frecuentemente de los terrores súbitos de que el hombre, el jefe de la familia, se siente poseído: seres religiosos como su amo, sienten también el terror de lo desconocido, y su imaginación suscita fantasmas, tratan de remontar del efecto a la causa, pero no saben interpretar el suceso y se dan de él explicaciones espantosas³.

¿No se ha observado también entre los animales una inexplicable pasión por objetos determinados que no les son de utilidad práctica? Es que en ellos ven como una especie de amuleto, como un fetiche, análogo a los que usan los negros. Por último, la afección profunda, victoriosa de todas las rutinas, resistente a todas las pruebas que tal animal dedica al hombre, su amigo, ¿no lleva en sí un verdadero culto religioso exactamente de la misma naturaleza que aquel en que nos abrasamos por los que diviniza nuestro amor?

En el fondo, todas las religiones, las del animal como las del hombre, todos los cultos, por diferentes que aparezcan, por hostiles que recíprocamente puedan ser, tienen orígenes análogos y se desarrollan siguiendo una marcha paralela. Cada ser humano, arrastrado en el torbellino general de la vida y deseoso, no obstante, de salvarse, de desarrollar su fuerza individual, busca un sostén en el mundo exterior para asegurarse cuando le asalten los

¹ P. Germain, *Notes de la Société scientifique du Chili*.

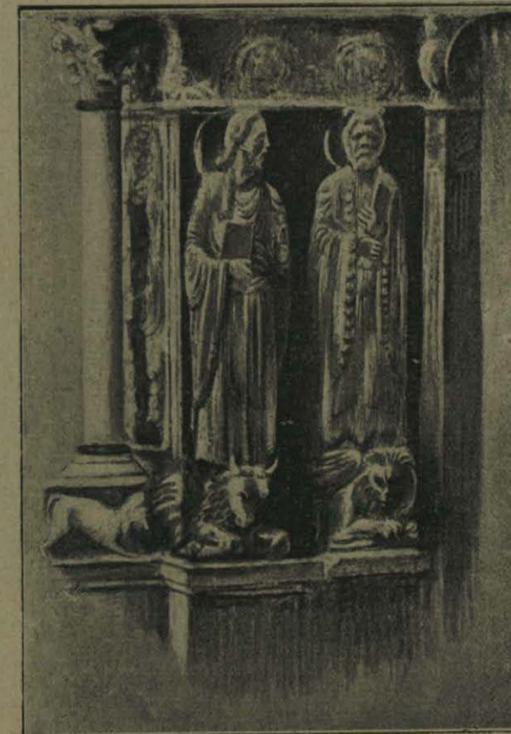
² Hermann Vambéry, *Sittenbilder aus dem Morgenland*.

³ Girard de Rialle, *Origine des Religions*.

temores, separar los peligros que le amenazan y realizar las aspiraciones que le trabajan.

Que sea el temor el sentimiento inicial, como dicen los libros sagrados y los clásicos — «el temor de Dios es el principio de la sabiduría» — o que sea, de una manera más amplia, el deseo de lo mejor, la aspiración a la felicidad, como lo demuestra Feuerbach¹, el hombre quiere unirse a todo lo que, fuera de él, parece a su imaginación un medio de auxilio eficaz y que le hace tal por el ardor de su pasión.

Tal es ciertamente el principio original de la religión, siempre el mismo.



LOS EVANGELISTAS SAN LUCAS Y SAN MARCOS Y SUS ANIMALES EMBLEMÁTICOS

Escultura del pórtico de la iglesia de Saint-Gilles (Vaucluse) (siglo XIII)

La creencia del individuo, del grupo, de la comunidad o de la nación toma en seguida el carácter especial que le imponen el medio geográfico primitivo y el medio histórico, secundario y complejo. Es un hecho de significación profunda que el nombre dado por los antiguos Germanos a su más alta divinidad sea precisamente el de Oski o «Deseo»: dos mil años después la filosofía viene a atestiguar esta etimología, reconociendo que el dios creado por el hombre es seguramente la personificación de sus aspiraciones. Lo que queremos, ha de concederlo una poten-

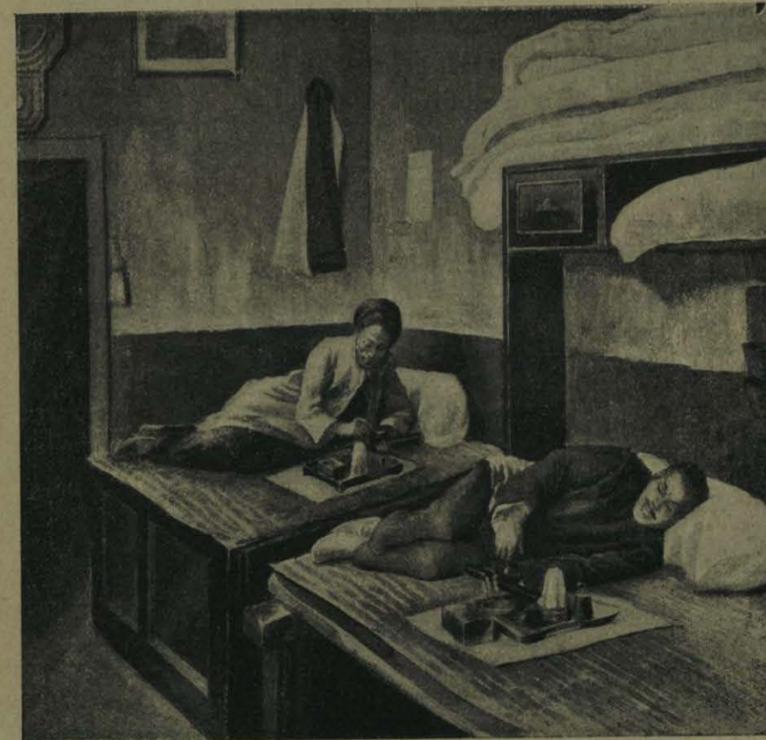
¹ *Das Wesen des Christentums:—Das Wesen der Religion*.

cia ideal imaginada por nosotros: se crea para satisfacernos.

Todas las religiones tuvieron también en su origen un elemento nutricional de importancia capital, la necesidad de reposo intelectual, que se manifiesta de dos maneras: por el reposo y por la embriaguez.

Es una fatiga pensar, comparar, raciocinar, conducir su vida, encadenar sus acciones, transformar lógicamente voluntades en realizaciones, y ¿qué ha de hacerse para evitar esa fatiga, sino desatinar a placer, dejarse arrastrar por la voluptuosidad de la imaginación desarreglada, por la del misticismo, que hace posible toda imposibilidad, por las delicias de la locura o hasta por las de la muerte, que suprime todo saber y todo querer? A la actividad sucede el sueño por un ritmo normal; del mismo modo es natural la alternativa de la vida racional a la que desprecia toda razón y busca otra justificación de su existencia. De ahí esa necesidad de los licores fermentados o de los venenos enloquecedores que se encuentran bajo mil formas en todos los pueblos de la Tierra y que marcan tan agradablemente la vida de los desgraciados y aun la de los dichosos. El famélico se da así los dulces sueños de los eternos festines; el que no es amado se procura la felicidad inmensa de la adoración apasionada, y viene la tranquilidad al que desea reposo.

Ese cansancio del esfuerzo y esa necesidad del éxtasis que se manifiestan más o menos en todos los hombres, toman en todo tiempo y en todo país un carácter general por el hecho de la semejanza de los medios, del contagio, de la imitación, y así es como nacen las asociaciones religiosas, que ocupan a veces grandes extensiones de apariencia unitaria. Cada una de esas multitudes que, por un movimiento colectivo, se encuentra arrastrada por la misma pasión, obedeciendo al mismo viento de angustia, de desesperación, de delirio, de locura, se complace en conformarse a las mismas prácticas, a procurarse las mismas alucinaciones ordinariamente por los mismos medios. Miles de religiones han alcanzado bastante importancia para constituirse en corporaciones con sus oficiantes, sus sacerdotes; algunas tienen hasta sus semidioses o sus dioses visibles, cuyas palabras, ademanes y hasta las acciones más insignificantes reemplazan los razonamientos del



UN FUMADERO DE OPIO

De una fotografía

fiel y hasta al testimonio de sus sentidos, se celebran ceremonias colectivas durante las cuales el individuo abdica completamente; hay horas impuestas en las cuales es necesario levantarse, sentarse, inclinarse, pronunciar ciertas palabras, obedecer a ciertas ondulaciones, a estribillos tradicionales, respirar ciertos olores, embriagarse con ciertas bebidas, vivir y moverse conforme a movimientos impuestos por un jefe o por tradiciones inmemoriales. Así aprende a hacer piruetas como un derviche danzante, o se vuelve anestésico como un Aisagua atravesado por agujas, o «sube al séptimo cielo» como un Pablo o un Mahoma, o se hace «asesino» para obedecer la voluntad de un Viejo de la Montaña. La vida ordinaria del hombre de salud moral se reemplaza por una vida nueva de sueño y de locura.

La manera con que el ser humano conquista su alimento constituye el eje de su enajenamiento religioso lo mismo que de todos sus pensamientos, de su género de vida, de sus costumbres,

de su ciencia y de su arte. Alrededor de su modo de ganar el pan se mueve el círculo de su actividad mental¹. El cazador y el pescador introducirán siempre en sus cuentos y poesías el animal que persiguen y le colocarán entre sus dioses; el nómada, caminando incesantemente con sus rebaños, se verá siempre sobre esta tierra o en el lejano mundo que sueña, acompañado de sus camellos, bueyes u ovejas, y mantendrá entre ellos el orden de presencia acostumbrado; por último, ¿podría haber nacido la parábola de la inmortalidad del alma, que desde hace miles de años tuvo constantemente por elemento primordial la semilla nutritiva echada en la tierra, fuera de una nación de agricultores? Si un pueblo cambia de patria por fuerza de guerra o por emigración voluntaria, sus leyendas y sus tradiciones se acomodan en seguida al nuevo medio, y hasta en nuestras grandes religiones modernas, budismo y catolicismo, el código de las creencias oficiales más estrictamente arreglado por los sacerdotes acaba por modificarse, aunque conservando su antiguo cuadro de ceremonias.

Esponáneamente el hombre primitivo, sintiendo fermentar la vida en sí, atribuye a todos los objetos que le rodean una vida análoga a la suya. Si una piedra viene a darle un golpe, odia a la piedra que cree animada de intenciones enemigas; si tropieza contra un saliente del suelo, se vuelve contra esa aspereza como si hubiera sido mala para él; ama la rama que le acaricia con sus hojas, la flor que le regocija con su perfume, e injuria al ramo que le azota al paso, la espina que le desgarran, la baya amarga que engaña su deseo.

Cada impresión, agradable o desagradable, suscita en seguida placer u odio; se siente sujeto a todo su medio por un cúmulo de sentimientos que le entreñen en una constante ilusión religiosa relativamente al mundo exterior. Bajo su forma rudimentaria, muy fácil de observar entre los animales, y entre los niños, que golpean o rompen furiosamente las cosas de que se quejan, ese animismo parece ridículo a los que ven perfectamente la relación de causa a efecto entre la piedra indiferente y la mano hostil que la arrojó; pero la concepción errónea de la

¹ Ernst Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, pag. 35.



UN CLÉRIGO TAOISTA.—CONSAGRACIÓN DE UN ÍDOLO

Dibujo de G. Roux según documentos del Museo Guimet.

vida universal continúa hallándose hasta nuestros días en las ideas morales y en la historia religiosa.

Los mil accidentes de la vida diaria son en su mayor parte de una génesis difícil de comprender: como el conocimiento de los fenómenos no se ha revelado aún más que en nuestro muy próximo horizonte, y, sin embargo, la necesidad de explicarse todo obra necesariamente bajo una forma a lo menos rudimentaria, el hombre primitivo se siente naturalmente inclinado a buscar en los objetos que le circundan las causas misteriosas de los